

LA CREACION LITERARIA DE MANUEL FERNANDEZ-DELGADO MARIN-BALDO

EL 5 de diciembre de 1979 se nos fue para siempre Manuel Fernández-Delgado Marín-Baldo, destacado escritor de la literatura murciana de este siglo. Nacido en Aguilas en 1912, pasa casi toda su vida en Murcia. Su afecto por esta ciudad, a la que se trasladó muy joven, se observa en el fondo de su obra y, de manera más clara, en el Pregón de Semana Santa y Fiestas de Primavera que pronunció en 1948. Licenciado en Derecho y Filosofía y Letras por nuestra Universidad, era además maestro —cargo que ejercía desde 1934— y director escolar. A su muerte desempeñaba este puesto en el Colegio Nacional *Cierva Peñafiel*.

En su persona se conjugaban, extraordinariamente, unas grandes cualidades humanas, que permanecerán imborrables en todos aquellos que de alguna manera tuvimos la suerte de conocerle, unido a una gran vocación intelectual que se plasmó en una breve, pero no por ello menos importante, producción escrita. Al igual que otro de nuestros mejores prosistas de este siglo, José Ballester, apenas unos pocos libros bastan para situarle al mismo destacado nivel que aquel escritor ocupa. Junto a ellos, una gran cantidad de artículos, ensayos y cuentos, publicados en diarios y revistas nacionales —entre las que se cuenta *Monteagudo*—, dan fe del continuo laborar de un escritor preocupado por el acontecer cultural, sensible y abierto a todos los temas que su pluma transformaba siempre en espléndida literatura. Su enorme modestia evitó que su nombre tuviera el eco que realmente merecía; él prefería escribir en silencio, sin importarle demasiado la fama



o la gloria con que otros muchos sueñan. *Porque, ¡cómo crece y se hinche la humana soberbia en habiendo alcanzado cualquier cima!*, había exclamado en alguna ocasión.

Su primera obra, escrita en 1942 y publicada un año más tarde, se titula *La devoción contemplativa*, estampas y poemas en prosa, con la que consigue su autor el premio *Saavedra Fajardo* que concedía la Diputación. Obra llena de un emocionado lirismo de corte intimista, salpicada toda de evocaciones autobiográficas, en donde son los pequeños detalles los que atraen más poderosamente su atención. Así, cuando al comienzo nos describe los molinos del río, vemos lo misterioso que le resulta su interior; reminiscencia infantil que ahora, teniendo, por fin, oportunidad de entrar en ellos, prefiere no desvelar. O cuando nos habla del campo, de la naturaleza, cómo elementos tan insignificantes como unos simples zapatos le conducen a esa filosófica *meditación del calzarse y descalzarse*:

«Todos los atardeceres, cambio mis sandalias franciscanas por unos borceguies de lona. (Y el ritmo de mis pasos cambia también, desmesurado y doméstico a montaraz y andariego.)

Todas las noches me descalzo éstos, que han tomado el olor de las yerbas del monte, y (¿por qué la rudeza desacostumbrada?) los lanzo, uno tras otro por el aire, rotundamente contra el suelo.

Hacen un ruido sordo y quedan a un palmo o dos de mis sandalias caseras.

Esta noche, mi vista va de un par a otro, meditando sobre lo que —en conjunto— representan de compendio de mi vida, de la vida.

Calzarse, descalzarse.

(¿Y la belleza de ir descalzo?... Al mar, al amor, a la muerte.)»

(Págs. 17-18)

En otras ocasiones el eucaliptus, las estrellas, la puerta medrosa, son objeto igualmente de su atención y posterior sublimación poética.

Más evocaciones —esta vez verdadero anecdótico de los pequeños sucesos diarios ocurridos en su vida profesional— aparecen en esa otra zona del libro que es *Estampas de la escuela*. Y al fondo de todas estas escenas, el paisaje de la huerta, que el maestro contempla a través de los balcones abiertos:



«La voluptuosidad de oler a tierra húmeda es más honda y más subyugadora que el perfume de las flores fragantes o de las esencias exquisitas. Tiene un entrañable encanto genesiaco, como si en ignoradas profundidades del ánimo nos removiera y despertase un júbilo ancestral el identificar por el olfato, en un instante raro de lúcida intuición, nuestra materia pristina y original...»

(Págs. 54-55)

Prosa poética la de este libro que supone un claro anticipo de la que con frecuencia utilizará su autor en sus tres novelas posteriores: *Literatura de evasión* (1958), *La gran tribulación* (1960), premio *Andrés Baquero* y *Palabras sobre la huerta* (1961), novela corta publicada en el número 29 de «Cuadernos Murcianos», que dirige *Rafael García Velasco*.

En *Literatura de evasión* —la primera y mejor de las tres—, Paloma, tras despedirse de Enrique, su prometido, en la estación de Murcia, toma el tren para Madrid. Una vez allí, comienza a escribir una carta que ponga fin a sus relaciones. Asistimos hasta el final de la novela, que casi se corresponde con el final de la carta, al lento escribir de Paloma y sus continuas interrupciones que dan paso a largas digresiones evocativas, constituyentes de la trama de la obra. De tal manera que conocemos a los demás personajes (Enrique, doña Concha, Carlos, etc.), no como son en realidad, sino a través de como los ve Paloma en su pensamiento. Presenciamos la reconstrucción de la identidad de los seres que allí aparecen, desvelándonos, progresivamente, el misterio de sus vidas: Enrique marcha a completar sus estudios a Madrid, conoce a Paloma, iniciándose un largo romance entre ambos. Desde el principio notamos sus distintas psicologías, agudizándose esta diferencia con el grave malestar que aquél siente, al no acostumbrarse del todo a la vida de Madrid:

«Desde luego, esto de hoy no me vuelve a pasar. Mañana me voy a Murcia a fortalecerme los quince días suficientes para poder volver a disfrutar el "confort" refinado de una gran población.»

(Pág. 15)

Verdaderamente Murcia constituye el marco de fondo ambiental de *Literatura de evasión*: está presente en las cartas de Enrique, en las conversaciones entre la pareja, en la memoria de Paloma... Y desde luego representa para Enrique bastante más que el mero lugar donde ha nacido: es su



vida, su única obsesión, en parte el motivo por el que Paloma le abandona.

Como en *Otoño en la ciudad*, de José Ballester, también aquí se nos ofrecen bellas visiones de sus calles y edificios, finas estampas de la tradición imaginera de sus procesiones, el jubiloso transcurrir de sus fiestas de primavera, el canto singular de los Auroros..., al tiempo que fluye subterráneamente una amplia y bien asimilada cultura literaria, con citas de Chejov, d'Ors, S. Juan de la Cruz, Manrique, Gómez de la Serna, Altolaguirre, William James, los Machado, Ortega, Polo de Medina, Pérez de Ayala, y otros.

La estructura novelesca de *Literatura de evasión* se sostiene sobre una serie desordenada de *flashes* que nos van dando idea de la naturaleza del amor a los protagonistas. En ese permanente indagar en el pasado por parte de Paloma, a veces un insignificante detalle —ya nos hemos referido antes al interés que tienen los pequeños detalles para nuestro autor—, actúa en su conciencia como un poderoso estímulo, capaz de despertar recuerdos del ayer con gran fuerza. Así, por ejemplo, cuando desata las cartas de su prometido se avivan en ella una serie de sensaciones táctiles, olorosas, gustativas:

«¿Y por qué ahora, una vez la cinta desatada, lacia, trazando su enmarañada rúbrica, su infantil garabato azul sobre el blanco de las cuartillas de reserva, se me convierte en un laberinto donde la suavidad y la tersura precipitan en formas, volúmenes, sonidos, incluso sabores y aromas?: la dulzura fundente de un bombón de licor, un olor misceláneo a lavanda y tabaco ingleses, el mullido esponjoso de una alfombra, percibido más en la uña que en la yema del dedo medio izquierdo, la melodía del "Saint-Louis Blue" con la sordina de un tabique interpuesto, la luz del exterior pendiendo sus reflejos esquirolés en los colgantes de la araña apagada.»

(Pág. 52)

Con esta técnica evocativa, que se halla presente no sólo en esta novela, sino también en las demás condicionando, en gran medida, el relato, se relacionaría la suma importancia que concede Paloma —voz narrativa— al tiempo:

«Sí, tenía razón Enrique, el tiempo allí es distinto: "Hoy es siempre todavía". (Para mí, en cambio, aquí, hoy empieza ya a ser nunca más).»

(Pág. 78)





Manuel Fernández-Delgado Marín-Baldo

Y en otra ocasión:

«El tiempo... Cuando me escribía Enrique la última carta que he leído, ya no era nuestro tiempo, ya no lo compartíamos, ya había un tiempo suyo y otro mío, diferentes y, en cierto modo, incommunicables.»

(Pág. 85)

El tiempo se torna en un elemento completamente desazonador que, al igual que en *La gran tribulación*, su segunda novela, va destruyendo las cosas: aquí el amor de Enrique y Paloma; allí la venida de la destrucción del mundo.

La gran tribulación narra la súbita aparición en una aldea de un peregrino que dice llamarse Enoc, que viene a anunciar el fin del mundo a sus moradores; éste se producirá al final de la semana que ahora comienza. La obra se divide en siete capítulos que se corresponden con los distintos días de la semana, de lunes a domingo.

El falso profeta irá convenciendo a aquellas gentes, ignorantes y supersticiosas, de la veracidad de su mensaje, hasta el punto que llegado el jueves todos le darán ya crédito, incluido el propio don Saturio, el cura del lugar. Sólo don Adolfo, el verdadero protagonista de la novela, continúa mostrándose escéptico; médico psiquiatra, venido de Madrid y afincado dieciocho años aquí, para quien los pequeños acontecimientos del lugar se han convertido, después de tanto tiempo, en verdadera rutina, tampoco se deja sorprender por este otro.

Lo positivo de todo ello es que ahora todos los habitantes del lugar quieren salvar sus almas y se arrepienten de las faltas cometidas, confesándoles públicamente, reinando entre ellos una gran camaradería y solidaridad ante lo que creen inevitable.

La novela se halla compuesta estructuralmente por una serie de pequeños cuadros o escenas que, barajados hábilmente por su autor, nos informan sobre la vida y comportamientos de estos seres, con absoluto predominio de la forma dialogada. Sin embargo, a pesar de que el narrador nos cuenta en tercera persona, con frecuencia este narrador omnisciente cede su protagonismo a algún personaje, v. gr., a don Adolfo y sus largos pasajes monológicos, produciéndose así nuevamente el empleo de la técnica del *flab-back* o de evocación de acontecimientos de su vida pasada, que el personaje recuerda y relaciona con hechos de su presente. Estos pasajes suelen ir situados al comienzo de cada uno de los distintos capítulos.



En una ocasión podemos ver el carácter casi divino del narrador omnisciente, en esa posibilidad que sólo él tiene de contemplar el pueblo desde arriba, desde un singular plano perspectivístico, similar al que realiza don Fermín de Pas al comienzo de *La Regenta*, anatomizando Vetusta:

«Si alguien, a partir del momento en que Daniela, la hermana de Petra, salió de la botica, hubiera podido contemplar el pueblo a vista de pájaro, fácilmente habría adivinado por el movimiento de sus habitantes, hasta ese momento invisibles, que algo extraordinario comenzaba a excitarlos. Hubiera visto, primero, entrar a la moza...»

(Pág. 68)

Otras veces serán los pensamientos de don Adolfo los que se adueñarán de la narración:

«Este espejo en que me miro no se quebrará del todo como el jarrón del poema de Mallarmé, porque lo impide el sólido marco de roble, pero la raja diagonal alcanza ya casi a los ojos de mi imagen, mientras el año pasado no llegaba más que a la boca y hace dos sólo hasta el mentón. En el mentón es donde más se notan las canas, en cuanto descuido afeitarme. Aún no tenía ninguna cuando me confiné aquí a los treinta años, pero han pasado dieciocho desde entonces.»

(Pág. 9)

Al final de *La gran tribulación*, cuando el falso Enoc muere y todos se dan cuenta de la superchería, la descripción del autor se alterna con los pensamientos de don Adolfo.

En cuanto a *Palabras sobre la buerta* —novela corta—, un hombre y una mujer, Andrés y María, a través de una conversación telefónica, van aproximando sus vidas. A lo largo de ella se pone de manifiesto, una vez más, la técnica evocativa, sobre todo en María, de manera que el relato sigue un movimiento de vaivén que nos columpia del pasado al presente. Al igual que sucedía en *Literatura de evasión*, con la carta que escribía Paloma, también aquí el final de la charla entre la pareja protagonista se corresponde con el final de la novelita. Y asimismo, como en aquella, se contraponen la vida de una gran ciudad, Londres (donde Andrés y María han



pasado cierto tiempo formándose), con la tranquilidad de la huerta murciana. Al final María descubrirá qué es lo que más le interesa:

«Yo estoy segura que lo hay en este momento. Porque los dos estamos buscando nuestras raíces o, mejor dicho, si vale la comparación, el pequeño hueco que dejamos en la almajara, al trasplantarnos. Tú, por voluntad propia; yo, por la ajena. Y esto, por lo menos, tenemos en común: ser los dos de la cepa de la huerta...»

(Pág. 49)

Un rasgo común a estas tres novelas que acabamos de comentar sería, además del ya expuesto de la técnica evocativa o de *flash-back*, el de la formación intelectual que presentan sus protagonistas, lo que explicaría las frecuentes citas literarias, la reiteración en el uso de palabras y hasta frases enteras en francés e inglés, los muchos términos científicos, etc., que con harta frecuencia brotan de sus bocas o pensamientos. Así, en *Literatura de evasión*, Paloma es profesora de Literatura y Enrique, licenciado en Derecho; ambos se conocieron en la Universidad y por ese ambiente transcurre buena parte del libro. En *La gran tribulación*, don Adolfo es médico psiquiatra y don Saturio, el cura, como buen conocedor de la *Biblia*, el encargado de cimentar notarialmente el mensaje que trae Enoc a toda aquella masa de población, en su mayoría casi analfabeta. Y del mismo modo, en *Palabras sobre la huerta*, Andrés y María han estudiado en Inglaterra, dejando escapar, durante su diálogo telefónico, alusiones a su formación universitaria.

Diríase, por tanto, que el autor de todo este mundo de ficción no puede evitar que escapen a su obra todos estos reflejos de su intenso aprendizaje cultural. Lo autobiográfico está presente en *Literatura de evasión* (Filosofía y Letras y Derecho son las dos carreras que él había cursado), o en *La gran tribulación* y *Palabras sobre la huerta*, en las que se pone de manifiesto su perfecto conocimiento de las lenguas francesas e inglesa y de sus respectivas literaturas, las que había llegado a traducir, entre otras, obras como *Medusa* y *C.*, de Roger Caillois.

Con todo, lo que realmente singulariza y sublima la creación novelesca de Manuel Fernández-Delgado Marín-Baldo es, junto a la muy sabiamente ordenada yuxtaposición y distribución del material narrativo —labor en la que



alcanza una gran perfección técnica—, el hondo valor artístico que encierra su prosa. Prosa que se caracteriza por su galanura y distinción, y por ese leve toque de brillante esteticismo con que su autor —para goce y disfrute nuestro —tan maravillosamente supo dotarla.

